

LA POSADA DEL NUMERO VEINTE

Por Tommaso Landolfi*

Selección y Traducción de Guillermo Fernández

—¿Ya has visto a un hombre?
—En el mar.
—Quiero decir: totalmente desnudo.
—No. Y tú ¿has visto así a una mujer?
—En el cine, pero de nada sirve. Y precisamente...
—¿Precisamente...?
—Debemos conocernos, antes que nada.
—Está bien. Pero...
—¿Te da vergüenza?
—Desde luego. ¿Y a ti no?
—A mí también
—¿Entonces qué hacemos?
—Vamos a sortearlo.
—¿Qué va a hacer el que pierda?
—Nada: abandonarse.
—Es terrible.
—Sí, sí, es terrible... Pero mucho mejor.
—¿Y cómo lo sorteamos?
—Con una moneda.
—No me gusta. Mejor escribamos nuestros nombres en dos papelitos, luego los ponemos en este vaso, apagamos la luz y uno de los dos...
—¿Quién?
—Es cierto; ¿quién?
—Bueno, podemos hacerlo a pares y nones.
—¿Para saber quién debe sacar el papelito? De acuerdo.
—Manos a la obra.
—Pero que quede bien claro: si sale tu nombre tú serás la primera.
—De acuerdo.
—¿Pares o nones?
—Pares.
—Cuatro y tres, siete: nones. Lo saco yo.
—Está bien; apaga... Vuelve a encender. ¿A quién le toca?
—Ve: el papelito tiene tu nombre; tú comienzas.
—¿Yo?
—Seguro.
—Bien; mucho ánimo. No me echo atrás. ¿Qué hago?
—Necesitamos una sábana de seda.
—¿Por qué tiene que ser de seda?
—Porque así lo deseo. Siempre he soñado con esto.
—No hay ninguna sábana de seda. Espera, esta colcha es de seda, ¿te gusta?
—Pienso que puede servir.
—Menos mal. ¿Y ahora?
—Apaga la luz, quítate la ropa y acuéstate en la cama totalmente desnuda, con la colcha hasta el mentón.

* Tommaso Landolfi nació en Pico (provincia de Frosinone), el 9 de agosto de 1908. Durante los treinta colaboró estrechamente con los escritores del "hermetismo" florentino. Grotesca e irónica, bizarra y clasicizante, burlesca y amarga a la postre, su obra narrativa tiende a equilibrar el misterio con la sensualidad a través de una óptica muy singular. Obras narrativas principales: *Dialogo dei massimi sistemi* (1937); *Il mar delle blatte e altre storie* (1939); *La spada* (1942); *Le labrene* (1974); *Un amore del nostro tempo* (1965) y *A caso* (1975), al cual pertenece el cuento que aquí presentamos.

—...Ya está. ¿Y ahora?
—Ahora empezaré a destaparte y a verte poco a poco, después de encender todas las luces, desde luego.
—Tu rostro es muy bello. También tu tez, tus cabellos, tus orejas, tu boca.
—¿Los ojos no?
—Se sobreentiende. Pero todas estas cosas ya las conocía. Vamos a jalar un poco más la colcha.
—¡No!
—¡Ah, cómo que no! Un pacto es un pacto. ¿No quieres que te vea el cuello, que pueden verte todos los demás...? Oh cómo es largo, blanco, delicado. ¿Qué significan estos pequeños surcos?
—Son los collares de Venus.
—Oh sí, así los llamáis y tales son. Espera, bajemos un poco mas el velo, centímetro a centímetro; sólo un centímetro, despacio, despacio. Eso es: comienzan a verse las cumbres de los hombros... Sólo que hay algo que no funciona...
—¿Qué es?
—Se me está ocurriendo: ¿por qué por delante y no por atrás?
—¿Te refieres a mí?
—A ti.
—Tú decidiste mi posición.
—Pero ya lo pensé dos veces. Tengo la facultad de verte por todos lados y a mi entera satisfacción, ¿no? Bien; prefiero comenzar por la parte opuesta, por la otra cara. Tal vez así será aún más delicioso.
—Sólo que así tendrás que elogiar la nuca, las orejas, etcétera; en fin, empezar desde el principio.
—Eso es asunto mío; ponte bocabajo... Sí, la nuca es realmente notable, particularmente estos remolinos y bucles más rubios... éstos.
—No me los jales, que me haces daño.
—Cuán sensible eres.
—Sí, lo confieso, me da grima que me toquen ahí.
—Eso me hace feliz. Pero volvamos a los hombros: son de nieve, de ámbar y de oro.
—No exageres.
—Pero en cuanto a su garbo, a la dulzura de su garbo, no puedo hallar términos de comparación.
—Ya era tiempo de que te faltaran las palabras.
—Te equivocas, ya las encontré: se parecen a las sierras.
—¿No estarás loco?
—Nada de eso... Las altas sierras de mi primer horizonte, la Capriola, los montes Collacci, los Sordi... Son montañas, amor. Pero descubramos otro centímetro de tu infinito paisaje. Aquí hay un valle, un largo valle, semejante a los que hunden los montes excelsos: ¡Campo Imperatore!
—Me das miedo.
—¿Por qué? Ciertamente no me atrevo a cruzarlo.
—Es solamente mi espalda.

—¡Eso crees tú! Pero deseo hacerte caso y arremangaré la colcha otro centímetro más... No, no: este valle no tiene fin.
 —Lo tiene, ya verás.
 —Pero el fin será a tal punto espantoso, a tal punto espantosa la delicia, que tiemblo.
 —Y yo me muero de vergüenza; sin embargo, prosigue.
 —Así sea. Otro centímetro... ¿Lo ves?
 —¿Qué?
 —Esta hendidura se prolonga, se agudiza, se vuelve un barranco, semejante a esos en que aletean los chorlitos y vuelan en picada cuando huyen... ¡Amor!, esta hendidura no tiene fin, tú no tienes fin.
 —Te ruego que no me turbes; mejor sigue descubriendo.
 —Pero si eso mismo estoy haciendo: ¡descubrirte!
 —Sin tantas interrupciones, quiero decir.
 —¡Lo pides tú misma!
 —Por tu amor.
 —Así sea. Ahora veo dos concavidades gemelas, u hoyuelos... ¿Para qué sirven?
 —Me parece que son, como todo en nuestros cuerpos, la concavidad de una convexidad.
 —¿Qué bello es oírte, incomparable tesoro!
 —Servirán para hundir ahí los índices y los medios, para mantenernos firmes en medio de nuestro desvarío.
 —Pero claro... En efecto, te imagino ya frente a frente... ¿Procedo?
 —Bueno, ya que estamos aquí...
 —¡No, mi amor, no resisto a lo que estoy viendo!
 ¡Déjame huír!
 —¿Por qué?, ¿qué miras?
 —Dos... ¿Cómo definirías...? Dos eminencias...
 —¿Grises?
 —Al contrario: ¡ebúrneas!
 —En palabras sencillas: ¿de marfil?
 —Pero tú no eres algo sencillo.
 —¿Y luego?
 —Veo dos husos de plata.
 —Primero de marfil, luego de plata: ¿qué hacer para entenderte?

 —Vóltate ahora.
 —¿Recomenzamos por la parte opuesta? Entonces tápame de nuevo.
 —Desde luego... Mejor no, perdona, ya no puedo más, no lo resisto.
 —¿Qué no resistes?
 —Así, centímetro a centímetro. Vóltate de pronto, totalmente desnuda
 —Si así lo quieres...
 —¡Oh, Dios mío, es insostenible tu esplendor! Leche, perlas, miel, corales y...
 —Cuidado, tus imágenes no ligan.
 —¿Qué cosa tienes acá abajo?, ¿qué es esta especie de mechoncito brillante, casi morado por su excesiva negrura?
 —Custodia mi secreto.
 —Qué maravillosas palabras. Pero oye, yo de veras...
 —Di.

—Veme aquí, ve el efecto de tu belleza.
 —¡Qué horror!
 —¿Tú crees? Pero si supieras lo que podemos obtener de... de nosotros dos, de nuestros cuerpos, de nuestra carne.
 —¿Qué cosa?
 —Una dicha sin frontera... la felicidad; eso es, la felicidad.
 —Este asunto que tú tienes ¿puede hacernos felices?
 —Sin duda alguna, ¡te lo juro!
 —¿Pero qué querría de mí ese asunto que traes entre manos?
 —Tontita, coqueta, bien lo sabes.
 —¿Tú quisieras...?
 —Es impostergable.
 —Me vas a lastimar.
 —No, casi nada, sólo un momento... ¡Te lo suplico!
 —Malo; me vas a lastimar.
 —No, no. Oye, mi amor: sé buena conmigo por el amor que te tengo. Ponte así, levanta las piernitas, deja que yo...
 —Nunca te había visto así: tienes roja la frente, los ojos lánguidos e imperiosos, suplicas y ordenas...
 —¡Es forzoso que lo hagamos!
 —De acuerdo. Yo también siento...
 —Es natural. ¿Cómo podría ser de otra manera? Yo te quiero bien, tú me quieres bien...
 —¿Lo crees?
 —Seguro.
 —No. ¿Crees que debemos?
 —¡Seguro! Te lo ruego, ábrete... ¡Oh, gracias, gracias! Ya verás qué felices seremos... ¡Ay! ¡Ay!
 —¿Qué te pasa?
 —¡Ay, pobre de mí! Estoy... estoy herido, sangro...
 —¡Estás sangrando!
 —¡Sí, miral! Se ve como mordido, como... ¡masticado!
 —Oh, santo cielo, nunca pensé que podría hacerte tanto daño!
 —Tú no lo pensabas... ¿Pero qué quiere decir esto? En nombre de Dios, ¿qué significa esto?
 —¿A qué te refieres?
 —Tu... tu... me mordió, ¿lo entiendes?
 —¿Y bien?
 —¡Y bien! Al diablo... Déjame ver bien...
 —Qué duro eres conmigo... Me vas a hacer llorar.
 —¡Chitón! Déjame ver bien... ¡Dios mío!
 —¿Pero qué pasa...? ¿Acaso las otras no están hechas como yo?
 —No lo sé, pero jamás había oído hablar de una cosa semejante... ¿Pero qué estás haciendo? ¿De verdad estás llorando?
 —¡Crees que soy un monstruo!
 —Pero claro que no, que monstruo ni que monstruo; cálmate. Esta es tu belleza y yo la adoro... Déjame ver bien.
 —¡No me toques!
 —Cálmate, amor... Oh qué delicia: bajo estos pequeños labios de coral asoma una hilera de nítidos, de brillantes y menuditos dientecitos... Oh, qué ingrato soy... Este es el más precioso de tus encantos.◇